

# Las rapaces nocturnas: Del mito a la lengua

POR

JOSE MUÑOZ GARRIGOS

A doña Marga.

*¡Qué campo tan tentador el de la ornitología poética, desde nuestro primer pájaro augural, simbólico también, la corneja que volaba a la diestra cuando el Cid sale de Vivar, a la zumaya de García Lorca! Ruiseñor del romance, cisnes de Garcilaso, aves de altanería y grullas veleras de Góngora, tórtola querulante y paloma arrulladora de Meléndez Valdés, golondrinas sin vuelta de Bécquer, ruiseñor maravilloso de Jorge Guillén, aves las más ilustres de nuestra lírica, entre otro numeroso coro de plumados menores.*

(PEDRO SALINAS)

## I. EL BUHO (\*)

Resulta particularmente difícil, y hasta molesto, tener que presentar públicamente los resultados de un estudio o una investigación, más o menos largos o laboriosos, pero nunca enojosos, cuando algún gran maestro de las letras hispánicas ya se ha ocupado de ese mismo tema; por esta razón he sentido siempre no pocos recelos y dudas a la hora de sacar a

---

(\*) Agradezco a la Real Academia Española la autorización concedida para poder consultar sus ficheros; sin ella, este trabajo no hubiese sido posible. También a los departamentos de Latín y Griego, de esta Universidad, les debo la ayuda necesaria para la localización e interpretación de algunos de los textos que aquí se incluyen.



luz pública estas notas sobre las rapaces nocturnas: tenía siempre presente el ensayo de Pedro de Salinas *El cisne y el búho. Apuntes para la historia de la poesía modernista* (1), sin poder evitar que pesaran sobre mí aquellas palabras con las que Cicerón terminaba su juicio sobre el estilo de César: *Sed dum voluit alios habere parata, unde sumerent qui vellent scribere historiam, ineptis gratum fortasse fecit, qui volent illa calamistris inurere; sanos quidem homines a scribendo deterruit* (2). Si, superando temores y corriendo el riesgo de no ser considerado entre los sanos de Cicerón, me atrevo a publicar estas notas, es porque pretendo soslayar, en la medida de lo posible, los temas ya estudiados, y centrarme en los aspectos que se reflejan, de modo más o menos ostensible, en la estructuración de los nombres con los que estos animales son designados en el ámbito del español, preferentemente peninsular; consecuentemente, no pretendo tanto estudiar cómo han sido tratados estos animales a lo largo y ancho de la literatura española, como la comprobación de que muchos de esos mismos usos literarios reflejan la presencia viva y operante de una serie de creencias populares, basadas, muy frecuentemente, en la pervivencia de elementos procedentes de los antiguos mitos clásicos; el resultado final deberá aproximarse al del estudio de una estructura onomasiológica, en el sentido de justificación histórica de unos contenidos determinados. En todo caso, hay unos modelos de los que no me puedo sustraer, aunque bien quisiera hacerlo, al menos para no salir nuevamente maltrecho de la inevitable comparación: me refiero al de Gerhard Rohlfs, cuya colección de trabajos agrupados en *Lengua y Cultura* no sólo indican el camino a seguir, sino que también justifican la necesidad de este tipo de investigaciones: «los problemas planteados... bastarán para mostrar cuántos resultados puede obtener la lingüística al ponerse en relación con el folklore y la mitología» (3); el otro caso es el de Dámaso Alonso, cuyo trabajo *El saúco entre Galicia y Asturias* (4) sirve de paradigma para cualquier investigación en la que la etimología popular figure como posible explicación de algún proceso.

La opinión popular ha asignado a cada animal, o grupo de ellos, una cualidad de la que frecuentemente los ha hecho arquetipos, no siéndonos preciso ahondar mucho en nuestra memoria para encontrar múltiples ejemplos, y hasta posiblemente apoyos literarios, sobre todo en la tradi-

(1) Recogido en *Literatura Española Siglo XX*.—Madrid, 1970; págs. 46-66; edición por la que citaré en adelante.

(2) *Brutus*; párrafo 262.—Ed. de Jules Martha.—Paris, 1966; pág. 95.

(3) GERHARD ROHLFS: *Lengua y Cultura*. Anotaciones de Manuel Alvar.—Madrid; 1966, pág. 155.

(4) Cito por la edición del vol. I de sus *Obras Completas*.—Madrid, 1972; páginas 311-388.

ción fabulística. A las rapaces nocturnas les ha tocado pechar con el estigma del mal «fario», hasta el punto de ser, casi por antonomasia, los pájaros de mal agüero, pero sin que nadie, hasta el momento, haya ofrecido una explicación coherente, oral ni escrita, para esta atribución, que no puede justificarse solamente por la monotonía de sus voces en la noche, y que, además, está en flagrante contradicción con la elegancia notable del aspecto de la mayoría de ellos: recordemos que, no en balde, en catalán se conoce al búho con el nombre de *duc*; por otra parte, sus hábitos alimenticios no son más perjudiciales para el hombre que los de cualquier otra ave rapaz, ya que por encima de liebres y conejos capturan otros pequeños roedores y pajarillos, según afirmaciones de Cosme Morillo y Olegario del Junco, así como también de Jean Dorst (5). La verdad es que no se puede aceptar como explicación convincente la de D'Arcy W. Thompson, hecha a propósito del búho: «A favourite word of Dion Cassius, usually as a bird of evil omen» (6), ya que si bien es cierto que el historiador destaca en repetidas ocasiones, como veremos en su momento, la presencia de búhos antes de producirse eventos desafortunados, no lo es menos que este carácter agorero data de muchos siglos antes. Algo más acertada puede ser la opinión de Jean Chevalier y Alain Gheerbrant, quienes afirman que «Parce qu'il n'affronte pas la lumière du jour, le hibou est symbole de tristesse, d'obscurité, de retraite solitaire et mélancolique», ofreciéndonos después una larga serie de manifestaciones de esta significación en las distintas culturas del mundo (7); pese a todo ello, no hay que olvidar que no todos los animales nocturnos presentan la misma simbología, y que omite lo que en la tradición grecolatina, y de ahí la románica occidental, es característico: el mal agüero. Para completar esta serie de hechos, digamos que en la iconografía de estas aves se tiende a destacar, muy por encima de cualquier otro detalle, sus grandes ojos y, alternativa o subsidiariamente, las largas plumas que figuran orejas, aun no siendo tales; pero no he encontrado nunca, en la cincuentena larga de imágenes, procedentes de las más diversas regiones y culturas de ambos mundos, que he podido estudiar con detenimiento, detalle alguno que pueda dar idea de sordidez, malos presagios o catastrofismo.

(5) COSME MORILLO y OLEGARIO DEL JUNCO: *Guía de las Rapaces Ibéricas*.—Madrid, 1976; pág. 144; JEAN DORTS: *La Vida de las Aves*; 2 vols.—Barcelona, 1971 y 1976; vol. II; págs. 710 y ss. El mayor acopio de datos, de toda índole, sobre la familia estrígida lo he encontrado en *El Mundo de los Animales*; vol. V; Barcelona, 1976; págs. 129-188.

(6) *A Glossary of Greek Birds*.—Londres 1936. S. V. βῦας.

(7) *Dictionnaire des Symboles*.—5.ª ed., París, 1974; S. V. HIBOU.

Partiendo de unas agrupaciones formadas en torno a las especies fundamentales: *búho* (*Bubo bubo*), *búho chico* (*Asio otus*), *mochuelo* (*Athene noctua*), *cárabo* (*Strix aluco*), *autillo* (*Otus scops*) y *lechuza* (*Tyto alba*), presentaremos algunos testimonios literarios y filológicos de cada una de estas especies; nuestra finalidad, en estos momentos, sigue siendo la búsqueda de datos que puedan arrojar alguna luz sobre las significaciones que estas aves tienen en el español actual y, en definitiva, sobre todo aquello que nos pueda ayudar a establecer la estructura y el proceso onomasiológico de estos nombres. Inicialmente, nos limitaremos al estudio del que puede ser considerado como centro y núcleo, no sólo de estas aves, sino también de sus caracteres literarios y lingüísticos: el búho real.

1. Desde un punto de vista estrictamente formal, la mayoría de los idiomas románicos occidentales, excepción hecha del francés y del catalán, presentan para este animal denominaciones derivadas del latín clásico *bubo*, vulgar *bufo* (8), lo mismo que todos los dialectos de la Península Ibérica, incluso en sus derivados (9). El carácter onomatopéyico de esta voz ha sido unánimemente resaltado, desde Varrón: «*Deinde generatim: de his pleraeque ab suis vocibus ut haec: upupa, cuculus, corvus, hirundo, ulula, bubo*» (10), a Corominas (11), pasando por San Isidoro (12) y Fernández Santaella (13); fuera del mundo románico, destacamos, por su proximidad al español, que en árabe, *bûh*, también puede ser onomatopéyico (14). Lo lóbrego y monótono del bujuelar, oído sobre todo en el silencio de la noche, no es extraño que haya dado pie a la leyenda de agorero que tiene el animal; así parece confirmarlo también, al menos inicialmente, el proceso onomasiológico, que ha centrado su atención, a la hora de darle nombre, en esta característica, creando así la onomatopeya. Pero es preciso no excederse en la extensión del proceso, ya que si en este caso parece que está bastante claro, no se justifica así la atribución de maléficas a las restantes rapaces nocturnas, cuyos nombres no siempre aluden, como veremos en su momento, a su voz,

(8) Vid. WALTER VON WARTBURG: *Französisches Etymologisches Wörterbuch*.—Bonn, 1928 y ss.; S. V. DUX; y JACQUES ANDRE: *Les Noms d'Oiseaux en latin*.—París, 1967; S. V. BUFO y GUFO.

(9) Vid. VICENTE GARCÍA DE DIEGO: *Diccionario Etimológico Español e Hispánico*.—Madrid, 1954; S. V. BUHO.

(10) *De Lingua Latina*; cap. 5; párrafo 75; Ed. de M. Nisard: *Macrobe, Varron Pomponius Mela*.—París; 1850, pág. 489.

(11) COROMINAS-PASCUAL, *Diccionario Crítico-Etimológico Castellano e Hispánico*.—Vol. I, Madrid, 1980; S. V.

(12) *Etimologías*; versión castellana de Luis Cortés y Góngora.—Madrid, 1951.—pág. 311; cols. A. B.

(13) *Vocabularium Ecclesiasticum*.—Alcalá de Henares, 1529; S. V.

(14) COROMINAS-PASCUAL, *loc. cit.*

fuere ésta tétrica o no, sino a otras realidades. En este sentido, es necesario partir del hecho, creemos que suficientemente conocido desde antiguo, de que las onomatopeyas no siempre se fundamentan en una interpretación idéntica de los sonidos naturales, habida cuenta de que cada lengua hace la suya y personal; de esta forma, el paso del latín clásico *bubo* al vulgar *bufo* podría interpretarse como un cambio en la base de la onomatopeya, máxime cuando el mismo V. Väänänen otorga el carácter de dobles dialectales a estas voces que presentan alternancia de b/f en interior de palabra (15), y J. André alude al carácter básicamente vocálico de esta onomatopeya, siendo accesoria la cualidad de las consonantes (16). Llegados a este punto, parece difícil sustraerse a la tentación de incluir *búho* entre las onomatopeyas que reflejan un soplo breve y fuerte, pero no teniendo pruebas concluyentes de que un sonido característico de un animal, determinado y concreto, haya sido interpretado de la misma forma que un ruido físico, repetible en muy diversas circunstancias, y, por ello, con los más diversos matices, nos parece mucho más prudente hablar de una confluencia de las dos onomatopeyas; hablaríamos así de la homonimia a la que han llegado: por una parte, las onomatopeyas basadas en el ruido del soplo, *bofe*, *bufar*, *buhonero*, y un larguísimo etcétera, y por otra, las que tienen su origen en el sonido emitido por el *búho*.

2.1. En el momento de plantearnos el problema onomasiológico, hemos de partir de las significaciones que esta voz encierra en la lengua general; el diccionario académico registra las siguientes, al margen de la estrictamente zoológica: 2. «fig. y fam. Persona huraña. // 3. Germ. Descubridor o soplón» (17). Estas son las significaciones que vamos a tratar de justificar a lo largo de la tradición grecolatina, y dentro de la literatura española, prescindiendo, en la medida de lo posible, de referencias a otras culturas difícilmente perceptibles en el ámbito del español. Dentro de la tradición cultural que nos interesa, el *búho* se relaciona con el mito de Ascaláfo, narrado así por Apolodoro:

- 1) «Διὸς δὲ Πλούτωνι τὴν Κόρην ἀναπέμψαι κελεύσαντος, ὁ Πλούτων, ἵνα μὴ πολὺν χρόνον παρὰ τῆ μητρὶ καταμείνῃ, ροιᾶς ἔδωκεν αὐτῇ φαγεῖν κόκκον. ἡ δὲ οὐ προΐδομένη τὸ συμβησόμενον κατηγάλωσεν αὐτόν. καταμαρτυρήσαντος δὲ αὐτῆς. Ἀσκαλάφου

(15) VEIKO VANANEN: *Introducción al Latín Vulgar*; versión española de Manuel Carrión.—Madrid, 1968; págs. 138-139.

(16) *Loc. cit.*, con referencias bibliográficas.

(17) REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Diccionario de la Lengua Española*; 19.<sup>a</sup> ed.—Madrid, 1970; S. V.

τοῦ Ἀχέροντος καὶ Γοργύρας, τούτῳ μὲν Δημήτηρ ἐν Ἄιδου βαρεῖαν ἐπέθηκε πέτραν, Περσεφόνη δὲ καθ' ἑκαστον ἐνιαυτὸν τὸ μὲν τρίτον μετὰ Πλούτωνος ἠγαγκάσθη μένειν, τὸ δὲ λοιπὸν παρὰ τοῖς θεοῖς... ἀπεκύλισε δὲ καὶ τὸν Ἀσκάλαφου πέτρον... Ἀσκάλαφον μὲν οὖν Δημήτηρ ἐποίησεν ὄπτον».

(Pero cuando Zeus ordenó a Plutón que subiese a la doncella, Plutón le dio a comer un grano de granada, para que no pudiese permanecer mucho tiempo con su madre. No previendo las consecuencias, lo comió. Y porque Ascálafo, hijo de Aquerón y Górgyra, atestiguó después contra ella, Deméter lo puso en el Hades bajo una gran piedra. Pero Perséfone fue obligada a permanecer un tercio de cada año con Plutón y el resto del tiempo con los dioses... y él apartó también la roca de Ascálafo... Pero Deméter convirtió a Ascálafo en un búho) (18). Este mito nos narra cómo Ascálafo fue metamorfoseado por Deméter en búho, a causa de haber delatado que Proserpina había tomado el zumo de unos granos de granada, con lo cual ya le resultaba imposible volver al cielo; el castigo inicial fue el de quedar sujeto por una gran piedra, de la que le libró Hércules cuando iba camino del Hades, tras de lo cual sufrió la metamorfosis indicada (19).

Ovidio pormenoriza mucho más el relato, en el capítulo V de sus *Metamorfosis*, y escribe tras explicar las causas de la ira de Ceres:

- 2) *«Ingemuit regina Erebi testemque profanam  
fecit auem sparsumque caput Phlegethontide lymphæ  
in rostrum et plumas et grandia lumina uertit.  
Ille sibi ablatus fuluis amicitur ab alis  
inque caput crescit longosque reflectitur ungues  
uixque mouet natas per inertia bracchia pennas  
foedaque fit uolucris, uenturi nuntia luctus,  
ignauus bubo, dirum mortalibus omen».*

(Gimió la reina del Erebo e hizo del delator un ave odiosa; salpicándole la cabeza con agua del Flegetonte se la convirtió en pico, plumas y enormes ojos. Arrebatado él a su propio ser se arroja bajo las alas de color

(18) APOLLONORUS: *Bibliotheca*; ed. de Sir. James George Frazer; vol. I.—Londres; 1967; págs. 40-41 y 236-237. El editor traduce mal del griego al inglés, por cuanto φτός no es *short-eared owl*, "lechuza" (*Tyto alba*), sino "búho real" o "búho", antonomásticamente, (*Bubo bubo*); la traducción correcta al inglés hubiese sido *eagle-owl*; este caso no es más que un ejemplo de entre la legión de investigadores incapaces de percibir las diferencias entre las distintas rapaces nocturnas estrigiformes y titónidas.

(19) Cfr. GUSTAV SCHWAB. *Las más Bellas Leyendas de la Antigüedad Clásica*.—Barcelona, 1959; págs. 176, 286 y 381.—PIERRE GRIMAL, *Dictionnaire de la Mythologie Grecque et Romaine*; 3.ª ed., París, 1963; S.V. ASCALAPHUS, y A. RUIZ DE ELVIRA, *Mitología Clásica*.—Madrid, 1975; pág. 451.

azafrán, crece aumentando el tamaño de su cabeza, curva sus largas uñas y apenas mueve en sus perezosos brazos las plumas que allí le han nacido, y se convierte en un repulsivo pajarraco que presagia próxima desgracia, un torpe búho, siniestro augurio para los mortales) (20). Al comentar este fragmento de Ovidio, San Isidoro destaca la abundancia de plumas, la pereza del búho y su carácter agorero, explicándolo porque, cuando se le ve en los pueblos, augura soledad; añade también la costumbre de habitar los cementerios y las cavernas, hábito éste que nos parece totalmente circunstancial y aleatorio y, ni mucho menos, característicos del búho real (21).

Desde nuestra perspectiva, nos interesa destacar algunos puntos concretos de la narración ovidiana: a) La delación de un suceso, del que solamente él fue testigo; b) la alusión al tamaño de los ojos, sin olvidar que *lumina* es el único sustantivo de la serie que va marcado con un adjetivo, *grandia*, lo cual puede suponer un importante realce estilístico, cuya justificación no puede ser otra que el deseo, por parte del autor, de destacar lingüísticamente el elemento más ostensible de la fisonomía del animal, equiparando así expresión lingüística y realidad; y c) la constante presencia, en los dos últimos versos del párrafo, de voces que expresan juicios negativos de valor acerca del animal: sobre su aspecto físico, totalmente injustificados, como hemos dicho arriba, incluso por alguna denominación como *foeda*; por su carácter, *ignauus*, si bien habría que matizar hasta qué punto una quietud que le permite durante el día, una mimesis perfecta con el entorno y, de noche, el no ser percibido por sus posibles presas, es una cualidad negativa; por último, dos referencias a su proyección sobre el acontecer humano, *luctus* y *dirum*. Con referencia al primer punto, cabría indicar aquí la significación que hemos visto que tiene *búho* en el lenguaje de germanías es justificable solamente en función del mito que acabamos de exponer. Respecto del segundo punto, es preciso deslindar dos campos: el de la plástica, en el que, como ya hemos dicho anteriormente, se hace referencia continua a esta característica, y el del lenguaje, que presenta un olvido absoluto, al menos en lo que se refiere estrictamente al *búho*, de esta cualidad; en su momento podremos ver cómo aparece vinculada a algunos otros animales de la familia estri-giforme. El tercer y último punto nos debe inducir a reflexionar acerca de las razones existentes para la enunciación de tales juicios: no hablán-

(20) Versos 543-550. Sigo el texto la traducción de Antonio Ruiz de Elvira en: PUBLIO OVIDIO NASON, *Metamorfosis*; vol. I.—Barcelona; 1964, págs. 183-184.

(21) Cfr. *op. y loc. cit.*, y como contrapartida, ROGER PETERSON, GUY MOUNTFORT y P. A. L. HOLLIM, *Guía del Campo de las Aves de España y de Europa*, 4.<sup>a</sup> ed.—Barcelona, 1977; pág. 213.

dose para nada en el relato mítico de posibles enemistades previas entre Ascálafo y el tándem Proserpina-Deméter, hay que deducir que es el propio hecho de la delación el origen de su leyenda negra. No obstante, escudriñando los hechos con mayor atención, podemos apreciar que no es él quien atrae determinadas desgracias sobre las personas, sino que son éstas quienes, con sus actuaciones, las posibilitan y provocan; según esta interpretación, el papel que queda reservado al ave es el de percibir unos hechos, desconocidos por lo demás, y el ya comentado arriba de delator. «Percibir» y «manifestar» serían, pues, los dos conceptos centrales para la descripción de su personalidad; el segundo de ellos, como hemos visto, ha sido manejado lingüísticamente para, mediante la onomatopeya de su voz, formar su nombre; sin embargo, del primero todavía no hemos encontrado rasgo lingüístico alguno, pese a lo ostentosamente que la naturaleza lo ha dotado de los órganos pertinentes: orejas y ojos, sin que creamos que haya que valorar especialmente el hecho, perceptible sólo a través del conocimiento científico, de que su verdadero sentido del oído no tenga relación alguna con las plumas que parecen formar sus orejas.

2.2. Fuera ya de los testimonios suministrados por los mitógrafos, encontramos en la antigüedad clásica frecuentes referencias a este animal, de entre las cuales traeremos aquí aquellas que ofrezcan un mayor interés para nuestros propósitos. En la *Historia Animalium*, de Aristóteles, podemos leer:

- 3) «ἔστι δ'ὁ βρούας τὴν μὲν ἰδέαν ὅμοιος γλαυκί, τὸ δὲ μέγεθος ἄετου οὐδὲν ἐλάττων»;

(El búho es en su aspecto similar a la lechuza, y en su tamaño en nada menor al águila) (22). Desde el punto de vista onomasiológico, estas referencias suministradas por el estagirita se han perdido en español, pero se ha conservado alguna de ellas en inglés, en la denominación *eagle-owl*. Si la suposición de Pollard, en torno a la posible identificación del *búho* con los animales llamados *kymindis* o *chalkis* (23), es cierta, nos encontraríamos ante otra posibilidad onomasiológica, presente en griego, *chalkis*, pero rechaza en los restantes idiomas, ninguno de los cuales ha utilizado el color del plumaje para nominar al animal, no disponiendo,

(22) *Historia Animalium*; 592b, 9. Apud D'Arcy W. Thompson. *op. y loc. cit.*

(23) J POLLARD, *Birds in Greek. Life and Myth.*—Thames and Hudson, 1977; págs. 81-82. Vid., asimismo, los comentarios de P. Mazon al verso 291, canto XIV, de *La Ilíada*. en su edición *Ilíade*; tomo III.—París. 1974; pág. 52.

por el momento, de otra alusión a esta característica que el ya citado y comentado texto de Ovidio.

Aunque redactada en griego, la *Historia Romana*, de Dión Casio, citada arriba, es del siglo tercero de nuestra era, pues relata hechos ocurridos hasta el año 229 después de Cristo; en esta obra nos encontramos con una serie de presencias del búho como premonitor de catástrofes o eventos desgraciados:

- 4) «... πολλὰ μὲν καὶ ἐν αὐτῇ τῇ Ῥώμῃ τέρατα τότε ἐγένετο καὶ γὰρ βῦαι καὶ λύκοι ὤφθησαν».

(En Roma tienen lugar muchos presagios; se vieron búhos y lobos) (24).

- 5) «... ἀπὸ ὅτι βῦας ἐν τῇ πόλει καὶ ὤφθη».

(Entre otros prodigios... tuvo lugar la aparición de un búho en la ciudad) (25).

- 6) «τῷ τε ἐχομένῳ σεισμὸς τε ἰσχυρὸς ἐγένετο καὶ βῦας ὤφθη».

(Al año siguiente se produjeron terremotos, y fue visto un búho) (26).

- 7) «... καὶ βῦας πρῶτον μὲν ἐς τὸν τῆς Ὁμοιοῖας ναόν».

(Primero, un búho [había entrado] en el templo de la Concordia) (27). El texto más significativo de Dión Casio en este aspecto, al que se refería D'Arcy W. Thompson como iniciador de la leyenda de agorero del búho, es el que contiene los prodigios vistos en Roma poco antes de la muerte de Augusto:

- 8) «τό τε συνέδριον κεκλειμένον εὔρεθη καὶ βῦας ἰπὲρ αὐτοῦ καθήμε ἐβύξε».

(Apareció un búho que, posándose sobre una estatua del Capitolio, bujueló) (28).

Este último texto presenta para nosotros el interés suplementario de aludir claramente al aspecto onomasiológico más importante en la voz

(24) Dio's *Roman History*; ed. de Earnest Cary; vol. III; Londres, 1955; cap. 40.17; pág. 430.

(25) *Ibidem*, cap. 40.47, pá. 476.

(26) *Ibidem*, vol. IV, cap. 42.26, pág. 154.

(27) *Ibidem*, cap. 50.8, pág. 450.

(28) *Ibidem*, vol. VI, cap. 56.29, pág. 66.

española: el acto mismo de la delación, llevada a cabo no sólo mediante su presencia física, sino también a través de una emisión de sonidos orales.

A lo largo de la literatura latina, el búho aparece citado en múltiples ocasiones y, muy frecuentemente, resaltando su carácter de agorero con adjetivos como *funereus*, *sinister*, *funeris et maxime abominatus*, *luctifer*, *infaustus*, etc... (29); no creemos que sea éste el momento adecuado para proceder a una relación exhaustiva de todos ellos, por lo que nos limitaremos a transcribir uno de ellos, procedente de Séneca, para fijar posteriormente nuestra atención en aquellos que más se ciñen al aspecto que nos interesa:

- 9) «*Palus inertis foeda Cocity iacet;  
hic vultur, illic luctifer bubo gemit  
omenque triste resonat infauste strigis*»

(Tendida está perezosa y fétida la laguna del Cocito; allí el buitre; allí solloza el búho y pregona lutos; allí suena el chillido de la lechuza ominosa y lúgubre) (30).

Un texto de Ovidio nos muestra, junto con una indiscutible clarividencia para el establecimiento del proceso etimológico, la confirmación de que el proceso onomasiológico ha sido prácticamente paralelo en la lengua vulgar y en la lengua científica:

- 10) «*Sunt avidae volucres, non quae Phineia mensis  
guttura fraudabant, sed genus inde trahunt:  
grande caput, stantes oculi, rostra apta rapinis,  
canities pennis, unguibus hamus inest;  
nocte uolant puerosque petunt nutricis egentes  
et uitiant cunis corpora rapta suis;  
carpere dicuntur lactentia uiscera rostris  
et plenum poto sanguine guttur habent.  
Est illis strigibus nomen: sed nominis huius  
causa, quod horrenda stridere nocte solent*»,

(Il existe des oiseaux avides — je ne parle pas de ceux qui frustreraient le gosier de Phinée des mets de sa table, mais de leurs descendant: une grosse tête, des yeux saillants, un bec fait pour la rapine, des ailes grises, des serres crochues. Ils volent la nuit et attaquent les enfants qui n'ont pas de nourrice; ils souillent leurs corps, qu'ils ravissent dans leurs ber-

(29) Puede verse una lista detallada de estos calificativos en D'Arcy W. Thompson; *op. y loc. cit.*

(30) Versos 686-688 de *Hércules Furens*, ed. de Humbertus Morica.— Madrid, 1949.

ceaux. On dit qu'ils déchirent de leur bec la chair des nourrissons, et ils regorgent du sang qu'ils ont bu. On les appelle *striges*, et ce nom vient de ce qu'ils poussent des cris *stridents* dans l'horreur des nuits) (31).

Según nos muestra este texto, la voz de esta familia de rapaces nocturnas ha servido de base, tanto en el lenguaje científico, tomado por vía culta del latín, como en el popular, para su nominación.

Como era de esperar, Plinio el Viejo dedicó varios pasajes de su obra al estudio de la familia estrigiforme, y concretamente al búho; de entre todos ellos, hay uno en el que aparece por primera vez, que nosotros hemos podido comprobar, la razón del contenido que el diccionario académico marca como segunda acepción:

- 11) «*Bubo, funebris et maxime abominatus publicis praecipue auspiciis, deserta incolit nec tantum desolata, sed dira etiam et inaccessa, noctis monstrum, nec cantum aliquo uocalis, sed gemitu. Itaque in urbibus aout omnino in luce uisus dirum ostentum est. Priuatorum domibus insidentem plurimum scio non fuisse feralem... Capitolii cellam ipsam intrauit Sexto Palpellio Histro L. Pedanio cos., propter quod nonis Martiis urbs lustrata est eo anno*»,

(Le grand-duc, oiseau funèbre et plus que tous abhorré surtout dans les auspices publics, habite les lieux déserts et les solitudes, et même les endroits sinistres et inaccessibles, monstre de la nuit, qui n'émet aucun chant mais un gémissement. Aussi, qu'il se montre dans les villes ou en plein jour, c'est un funeste présage. Mais je sais qu'il s'est posé plus d'une fois sur des maisons particulières sans annoncer de mort... Un grand-duc pénétra jusque dans le sanctuaire du Capitole, sous le consulat de Sextus Palpellius Hister et de L. Pédanius; c'est pourquoi Rome fut purifiée cette année-là, aux nones de mars) (32).

La cultura hispanolatina recoge los elementos más reiterados y significativos de la tradición clásica; así, San Isidoro escribe:

- 12) «*Bubo* (búho): tiene su nombre formado del sonido de su voz; es ave de mal agüero, muy recargada de plumas y perezosa; día y noche está por los cementerios y habita en las cavernas; de ella dice Ovidio (*Met.*, 5, 549):  
*Foedaque fit volucris venturi nuntia luctus,*  
*Ignavus bubo dirum mortalibus omen.*

(31) *Les Fastes*; libro VI; versos 131 y sigs.; texto y traducción de Henri Le Bonniec.—Bologna, 1970; vol. II, págs. 194-195; el subrayado es del traductor.

(32) *Histoire Naturelle*; libro X, párrafo 34; edición y traducción de E. de Saint Denis.—París, 1961; págs. 39-40.

(El perezoso búho se hace nuncio del llanto que ha de venir, presagio horrible para los mortales.) Para los augures es portador de mal, pues cuando se le ve en los pueblos significa la soledad» (33).

Del análisis de este texto podemos concluir la presencia en la tradición hispánica del origen onomatopéyico de la voz, del carácter agorero del animal y de su tendencia al aislamiento; estos elementos van a estar presentes hasta nuestros días, bien en los contenidos de la voz, bien en la pervivencia del sentimiento onomatopéyico, por lo que se refiere al aspecto formal.

Esta misma interpretación parece darle, en parte, el autor de la glosa de *búho*, en el glosario latino del monasterio de Silos, número 1.296, de finales del siglo x:

13) «*Avis nocturna malasaga mali hominis*» (34),

en la que, si bien es cierto que *sagus* alude claramente al vaticinio o profecía de hechos futuros, no lo es menos que el verbo *sagio*, del que procede, hace inequívocas referencias a la percepción sensorial, concretamente olfativa; no será ésta la más importante de las características sensitivas del búho, pero sí es claro que se le está considerando, una vez más, como animal de muy fina percepción.

A lo largo de las páginas anteriores, hemos intentado poner de manifiesto que, desde el punto de vista semasiológico, las acepciones segunda y tercera del diccionario académico no son sino la síntesis de toda una antiquísima tradición en la que, como decíamos al final del epígrafe 2.1, la percepción y la manifestación son los dos puntos clave; desde una perspectiva onomasiológica, reiterar el carácter onomatopéyico, apoyado en el hecho semasiológico.

2.3. La primera documentación del término *búho* en la literatura española es la de *El Libro de Calila e Digna*, cuyo capítulo VI versa sobre la disputa de los cuervos y los búhos. Cuando uno de los cuervos, consejero de su rey, explica las causas de su disputa con los búhos, alude a la oposición que mostrara un cuervo a que el búho fuese proclamado rey de las aves, manifestada con las siguientes palabras:

(33) *Etimologías*, ed. y loc. cit.

(34) EDUARDO GARCIA DE DIEGO, *Glosarios Latinos del Monasterio de Silos*, Murcia, 1933, pág. 59.

- 14) «Sy todas las aves fuesen perdidas e muertas, non devriades estar en tan gran quexa commo es en fazer rreynar al buo que es la mas lixosa ave e la mas fea e de peor donayre e de menos seso e la mas sañuda e de menos piadat; e aun es flaca e çiega de día e de muy mala man-tenençia» (35),

Lo más destacable, seguramente, de esta larga nómina de improprios, unos justificados y otros no tanto, es que no se hace referencia alguna ni a su carácter de premonitora de desgracias, ni a su tendencia a la soledad, aspectos en los que, como ya hemos visto, la tradición grecolatina se extendía larga y pormenorizadamente; hay que pensar que esta diferencia puede venir dada por el hecho de tratarse de dos tradiciones culturales absolutamente dispares: la clásica, y la oriental en el caso del *Calila*, versión castellana, a través del árabe, del sánscrito *Panchatantra*, pues no cabe duda de que, si el cuervo hubiese tenido presente esa mala cualidad de su enemigo, no hubiese perdido la ocasión de manifestarla contra él en tan solemne ocasión.

El cuento pasa, como era de esperar, a la fabulística medieval castellana, y así lo recoge el príncipe don Juan Manuel, con el número XIX, en *El Conde Lucanor*, si bien no se alude en él al carácter de los búhos, más que en una medida casi estrictamente zoológica, enmarcable dentro de esa tendencia de don Juan Manuel a resumir las informaciones procedentes de sus fuentes:

- 15) «Et los buhos, porque es su costumbre de andar de noche, et de día estar escondidos en cuebas muy malas de fallar, vinían de noche a los árboles do los cuervos albergavan et matavan muchos dellos, et fazíanles mucho mal» (36).

No obstante, con anterioridad, se había referido a la vileza con que cazan los búhos, concretamente en el capítulo XXXXI del *Libro del Cavallero et del Escudero*, al hablar de las aves que cazan y no son cazadas, donde dice:

- 16) «Los buchos caçan bilmente; mas por que son muy grandes et muy balientes non los caçan nunguna ave» (37),

(35) Ed. de E. Keller y R. Whitelinker.—Madrid, 1967; pág. 205.

(36) Ed. de José Manuel Blecua; 2.<sup>a</sup> ed.—Madrid, 1971; pág. 120.

(37) *Libro del Cavallero et del Escudero*; edición parcial de Luis Alberto Cuenca en *Floresta Española de Varia Caballería*.—Madrid, 1975; pág. 312. Para otras referencias en don Juan Manuel, vid. FELIX HUERTA TEJADA: *Vocabulario de las Obras de don Juan Manuel*.—Madrid, 1956; S. V. BUHO.

momento en el que parece recoger el eco del cuento sánscrito, en el que se alude, machaconamente, al poderío de los búhos, principalmente como fundamento de los avisos que dan al rey de los cuervos cada uno de sus cinco consejeros. Con posterioridad a estos ejemplos, pero también dentro de la fabulística, en el «Exiemplo del bufo con la liebre», y en el «Exiemplo del galapago con el bufo», ambos pertenecientes al *Libro de los Gatos*, no se alude a carácter alguno del ave (38). En la misma línea de abstenerse de cualquier juicio sobre el carácter del búho, es encuadrable *La gran conquista de ultramar*, donde se alude a una hipotética altura de los nidos de las rapaces nocturnas, en general:

- 17) «hauian fecho sobre las altas lechuzas y buhos sus nidos» (39).

Ello no obstante, Gómez Manrique ya se había referido, nuevamente, a los caracteres destacados en la tradición grecolatina, al pintar un cuadro especialmente feroz:

- 18) «Texos eran sus frutales  
e sus prados pedernales,  
e buhos los que cantauan,  
cuyas bozes denotauan  
los aduenideros males» (40).

La idea del búho como anunciador o presagiador de desgracias volvemos a encontrarla en el marqués de Santillana, quien escribe en la estrofa XLIII de la *Comedieta de Ponza*:

- 19) «Non pienses, poeta, que çiertas señales  
e sueños diuersos non me demostraron  
los daños futuros e vinientes males  
de la rreal casa segund que passaron:  
que las tristes bozes del buho sonaron  
por todas las torres de nuestra morada,  
do fue vista Yris, deessa indignada,  
de quien terresçieron los que la miraron» (41);

(38) Sigo la edición de Annie-Noele Peidro, presentada como "Memoria de Español", bajo la dirección del Prof. Jean Roudil, en la Universidad de París-XIII, año 1979; cito por un ejemplar xerocopiado del original.

(39) Edición de Salamanca, 1503; pág. 125.1.

(40) Edición de Fouché-Delbosc, en *Cancioneros Castellanos del Siglo XV*; vol. II; N.B.A.E.—Madrid, 1915; pág. 70.

(41) Edición de Maxim P. A. M. Kerkhof.—Groningen, 1976; pág. 202.

obsérvese que el papel de la rapaz nocturna es, en este caso, el del mero transmisor de los acontecimientos; en ningún momento se alude a que él fuese el provocador de tales desgracias, llegando, incluso, el marqués de Santillana a alinearlo entre las «señales», lo que dispararía cualquier género de duda, toda vez que es suficientemente explícito el carácter de manifestación o síntoma que tiene el sustantivo que emplea.

Algunos años más tarde, Fernández de Santaella carga las tintas de lo negativo y, superando los antecedentes de todo tipo, afirma que es un «ave inmundada», aseveración tan gratuita como acertada la de que tiene «nombre onomatopéyico» (42).

Antes de entrar en el análisis de los textos correspondientes a nuestro Siglo de Oro, conviene que fijemos nuestra atención en una interesante apertura, no sólo del campo de las significaciones, sino también del campo asociativo de *búho*, en virtud de vinculaciones por el significado y el significante (43); esta apertura, o ampliación de campos, se registra dentro del mundo social de la germanía: José L. Alonso Hernández registra los siguientes valores de la voz *búho*: 1) *Germ. Descubridor o soplón. En un sentido más general, el que lleva engañados clientes a las tiendas estando de acuerdo con los dueños de ellas.* 2) *Buscona o prostituta que actúa de noche por las calles en busca de clientes.* 3) «*Es un búho. Se suele decir de la Persona que no gusta del comercio de las gentes, y vive retirada*» (Aut.) (44). A partir de la primera de las acepciones anteriormente transcritas, registra otras entradas como *buhado*, *buhar*, *buhardo* y *buharro*, y derivadas de la segunda serían *buharra*, *bujarra*, *buharrón* y *bujarronear*. Si bien la familia léxica está impecablemente establecida, tanto desde el punto de vista semasiológico, como desde una perspectiva onomasiológica, dado que las alternancias /f/, /h/, /j/ no son ajenas al desarrollo histórico de la lengua española, creemos que, a la hora de suponer posibles orígenes de la acepción, no son aceptables las siguientes afirmaciones: «Para explicar la filiación de BRAMON y de BUHO, localizados desde 1609 como sinónimos de «delator», y de BU-FONCILLO, que aparece un poco más tarde, y la de los derivados semánticos de la tres formas, tenemos que acudir a una serie de etapas intermedias. SOPLAR, «denunciar o delatar», está a la base evidentemente de BUHAR, variante de «Bufar.—Resoplar con ira y furor...» (Aut.). De BUHAR, «soplar o descubrir alguna cosa» (J. H.), que se difunde con

(42) *Op. y loc. cit.* en la nota 13.

(43) Cfr. EUGENIO DE BUSTOS TOVAR: «Anotaciones sobre el Campo Asociativo de la Palabra», en *Problemas y Principios del Estructuralismo Lingüístico*.—Madrid, 1967; págs. 149-170.

(44) *Léxico del Marginalismo del Siglo de Oro*.—Salamanca; 1977; S. V.

éxito en una serie de derivados germanescos, deriva el sustantivo BUHO, «descubridor o soplón» (J. H.).

Perdida la noción de su filiación original, BUHO se confunde, merced a una falsa etimología popular, con *búho*, ave nocturna, uno de cuyos semas, «pájaro o ave», contribuye, por lo menos, si no es el que lo origina, al nacimiento de PAPAGAYO, registrado en el *Vocabulario* de Hidalgo como «criado de justicia o soplón»... (45).

Varias razones nos impiden aceptar estas hipótesis de Alonso Hernández: en primer lugar, y como ya indicábamos arriba, nos parece harto sospechosa la posible relación onomatopéyica entre el soplido del aire y el canto de un animal, por ser dos realidades cuya confusión no nos parece demasiado probable; en este orden de cosas, preferimos la opinión de J. André, expuesta arriba, tanto por creer que es más razonable su punto de partida, como por tratarse de una explicación basada en la estricta interpretación, mediante signos lingüísticos, de un determinado sonido. En segundo lugar, nos parece arriesgado prescindir de una larguísima y muy amplia tradición, muchísimos siglos anterior al argot de germanía, en la que el búho aparece funcionando como paradigma del delator, a partir de lo cual, le llega la atribución de agorero; esa tradición, que parte de la propia religión griega, no es ajena a la cultura hispánica, pues, salvo el breve paréntesis en la que se manifiesta con mayor fuerza la tradición oriental, no sólo llega hasta las puertas de nuestro Siglo de Oro, sino que también, como veremos inmediatamente, permanece operante durante esta época, e incluso posteriormente. En última instancia, no vemos por parte alguna razón que justifique el recurso a un proceso de etimología popular, y sí muy patente en todas las épocas la conciencia de una creación onomatopéyica: la del búho-delator, procedente del mito de Ascálafo, la del soplido y la del rápido e instintivo movimiento de repulsión, tal y como se utilizaba ya en nuestro Siglo de Oro, *bú-bú*, esto es, para ahuyentar (46); el hecho de que Julio Cejador reúna estas tres familias en un único epígrafe no quiere decir, en absoluto, que no puedan, o no deban, ser distribuidas adecuadamente las significaciones pertenecientes a cada una de ellas.

Hecha esta aclaración, podemos pasar a examinar los valores que en los textos de nuestra edad clásica, al margen de los germanescos, presenta *búho*, pero no sin antes aducir un testimonio de la época que aclara

(45) JOSE L. ALONSO HERNANDEZ: *El Lenguaje de los Maleantes Españoles de siglos XVI y XVII: La Germanía (Introducción al Léxico del Marginalismo)*.—Salamanca, 1979; pág. 125; en las siguientes, continúa trazando la historia de la familia léxica sobre la base de estos mismos supuestos.

(46) JULIO CEJADOR Y FRAUCA: *Tesoro de la Lengua Castellana*; vol. XIII.—Madrid, 1914, párrafo 2, págs. 8-21.

muy bien uno de los puntos básicos de nuestro trabajo: el búho no es un animal que atraiga la mala suerte, él se limita, excusivamente, a *percibir* y a *manifestar* aquello que percibe, aunque, debido a sus dotes especiales, sea capaz de percibir aquello que para los demás suele permanecer oculto. Funes, en su *Historia General de las Aves*, publicada en 1621, escribe:

- 20) «No es tan infame el búho por sí, quanto por la mala voluntad de los poetas» (47).

Al parecer, la única vez que Cervantes alude a este animal es en la «Canción de Grisóstomo», del primer *Quijote* (48), donde escribe:

- 21) «...; el triste canto  
del envidiado búho, con el llanto  
de toda la infernal negra cuadrilla» (49).

Lope de Vega parece recoger del propio Cervantes la idea de la negritud de los compañeros del búho, ¿los cuervos?, ¿las urracas?, y así escribe en *El Bastardo Mudarra*:

- 22) «¿Qué importa que los mochuelos,  
los búhos y las cornejas  
canten o lloren aquí  
ni salten las aves negras?» (50);

esta misma idea, vinculada también a los búhos, aparece en *La Noche Toledana*:

- 23) «Así te canten búhos y mochuelos,  
e igualen con el sol hermoso y puro  
tu negro curso los piadosos cielos» (51).

La segunda de las acepciones académicas de la voz *búho* la encontramos en el siguiente texto del mismo Lope de Vega, en forma de construcción adverbial:

(47) No habiendo podido consultar personalmente el texto de Funes, cito a través de una papeleta lexicográfica de la Real Academia Española.

(48) Vid. CARLOS FERNANDEZ GOMEZ: *Vocabulario de Cervantes*.—Madrid, 1962; S. V.

(49) MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA: *El Ingenioso Hidalgo don Quijote de La Mancha*; ed. del IV Centenario.—Madrid, 1966; pág.101.

(50) LOPE DE VEGA, *Obras de ...*; vol. XVII; en *Crónicas y Leyendas Dramáticas de España*; B.A.E.—Madrid, 1966; pág. 194a.

(51) LOPE DE VEGA; *Comedias Escogidas*; vol. I, B.A.E.—Madrid, 1946; pág. 220c;

- 24) «Muriendo está a lo búho en esa sala  
el infanzón; mas muere sin prisiones,  
que el Rey para matarnos nos regala,  
como hace el labrador con sus lechones» (52).

No obstante, nos parece que, aunque con carácter claramente irónico, el punto más alto de esta consideración, lo alcanzan estos dos versos, remedo del «gimimiento tristes, y volando graves» del *Polifemo* gongorino, y que aparecen en la escena tercera del acto cuarto de *La Dorotea*:

- 25) «Cántanme búhos, no sonoras aves,  
endechas tristes, no canciones graves» (53).

Alemany recoge dos citas gongorinas en las que se alude al búho:

- 26) «El moro, contemplativo,  
a los de su dama vuela,  
como a los ojos del búho  
cernicalos de uñas prietas» (54).

- 27) «... Thisbe,  
.....  
Dexó la ciudad de Nino,  
y al salir, funesto búho  
alcándara hizo umbrosa  
un verdinegro aceituno» (55).

El primero de los textos nos ofrece un nuevo dato, que carece de repercusión lingüística directa, pero que insiste, desde una perspectiva tan dispar a la nuestra como puede ser la de las propias costumbres de las aves, en la idea de que lo más destacable en la fisonomía del búho son sus ojos, fundamento real para que desde el punto de vista lingüístico sea la percepción el rasgo más corrientemente manejado; nos estamos refiriendo al hecho de que las aves que atacan a los búhos, lo hacen normalmente contra sus ojos, tanto si se trata de aves de cetrería como si son córvidos. Esta circunstancia la encontraremos más adelante, concretamente al aducir los testimonios del refranero castellano.

(52) Apud CARLOS FERNANDEZ GOMEZ: *Vocabulario Completo de Lope de Vega*.—Madrid, 1971; S. V., donde se pueden encontrar otras citas, al margen de las aquí aducidas.

(53) LOPE DE VEGA: *La Dorotea*; ed. de Edwin S. Morby; 2.<sup>a</sup> ed.—Madrid, 1968; pág. 356.

(54) *Vocabulario de las Obras de don Luis de Góngora y Argote*; vol. I.—Madrid, 1930; pág. 86; S. V.

(55) *Op. cit.*; vol. II; págs. 294; S. V.

Baltasar Gracián se refiere también al búho, en este caso gallego (*Bubo gallaicus*), en opinión de Romera-Navarro:

- 28) «Valía allí un tesoro un quarto de hierro, porque dezían ser vizcaíno, a pesar del búo gallego, frío, infausto y de mal pico» (56);

tal y como indica el editor y comentarista, al explicar el equívoco entre *búho* y *gallego*, la noción que parece servir de puente entre ambos contenidos, puede ser la de «delator» o «soplón», que es la que enlaza claramente con el mito de Ascálafo.

A través de los textos aducidos aquí, y pertenecientes a nuestro Siglo de Oro, hemos podido comprobar que el fundamento de la imagen verbal, establecido de antiguo, incluso con mucha anterioridad a los comienzos de las lenguas románicas, no sólo sigue estando vivo y operante, sino que también se nos muestra con la suficiente fortaleza como para, por una parte, ampliar el campo referencial con circunstancias nuevas, como hemos visto en el caso de Góngora, respecto de alguna faceta hasta entonces oculta de la vida del animal, y por otra, crear nuevos usos de las significaciones ya existentes, bien por la vía morfológica, como en el caso del modismo adverbial de Lope de Vega, bien a través de elaboraciones literarias, como en el caso de Gracián. El hecho de que algunas de estas nuevas creaciones perduren, de una u otra forma, hasta nuestros días, debe servirnos como síntoma de que no eran unas elucubraciones más o menos personales de sus autores, sino de plasmaciones literarias de conocimientos, hechos o imágenes fuertemente arraigadas en la conciencia de los hablantes. El hecho de que ellos acudieran, o hubiesen podido acudir, a los textos grecolatinos clásicos, como fuente de documentación para esta ampliación de usos y significaciones, no añade ni quita nada a lo anteriormente expuesto, precisamente por el hecho de su pervivencia.

Ya en el siglo XVIII, Jovellanos alude incluso a una supuesta costumbre del búho, no del todo cierta en la realidad, pero sí muy manejada literariamente: su tendencia a habitar en cementerios y lugares lúgubres:

- 29) «Yacen del Tormes a la orilla, ocultos  
entre ruinas, los restos venerables  
de un templo frecuentado en otros siglos  
por la devota gente salmantina,  
mas ora sólo de agoreros búhos

---

(56) *El Criticón*; edición crítica y comentada de M. Romera Navarro.—Philadelphia, 1940; vol. III; pág. 229.

y medrosas lechuzas habitado.  
La amenidad huyó de aquel recinto» (57).

Es lógico que en la época romántica, al actualizar de nuevo la estética de lo lúgubre, feo, sórdido y pasional, vinculada al dorsiano «eón barroco», proliferen las alusiones a un animal cuya presencia no disonaría en cualquiera de los cuadros o escenas del más intransigente gusto romántico. Don José Zorrilla escribía en *Traidor, Inconfeso y Mártir*:

- 30) «... los Santillanas...  
Raza de réprobos: aves  
de mal agüero: golillas  
todos: búhos de las cárceles  
y de las horcas, que sólo  
pronosticar pueden males» (58).

En la composición titulada *A la Madre* escribe Espronceda:

- 31) «Del mustio agorero búho  
el ronco graznar se escucha,  
que el magnífico reposo  
interrumpe de las tumbas» (59),

texto en el que, juntamente con la referencia a la voz del búho, inexacta en lo que a «graznar» se refiere, por cuanto son los córvidos quienes tal hacen, se hace nuevamente alusión a la ya citada costumbre de habitar en los aledaños de los cementerios, y que fue San Isidoro el primero en hacerse eco de ella, dentro de la tradición hispánica. En cualquier caso, esperamos tener la oportunidad de insistir en la frecuente confusión entre determinado tipo de rapaz nocturna estrígida y algunos individuos de la familia de los córvidos.

Por último, en la *Rima LIX*, de Bécquer, leemos la siguiente estrofa:

- 32) «Los búos, que espantados me seguían  
con sus ojos de llamas,  
llegaron a mirarme con el tiempo  
como a un buen camarada» (60).

(57) *Jovino a sus amigos de Salamanca*; B.A.E.; vol. XLVI.—Madrid, 1951; página 37b.

(58) Acto 1.º, escena 5.ª, en *Obras Completas*; tomo II.—Valladolid, 1943; página 1534b.

(59) *Poesías*; B.A.E. LXXII.—Madrid, 1954; pág. 17.

(60) Sigo la ordenación y el texto de *El libro de los Gorriones*; ed. de Rafael de Balbín y Antonio Roldán.—Madrid, 1971; pág. 87.

El movimiento romántico no ha hecho ninguna aportación importante al proceso semasiológico de *búho*, se ha limitado a recoger referencias anteriores y a actualizarlas, pero sí podemos decir que en ese proceso de actualización estuvieron muy presentes aquellos rasgos que fueron el fundamento del proceso onomasiológico.

No todos los escritores que pudiéramos llamar contemporáneos, en el sentido amplio del término, acertaron plenamente al atribuirles cualidades a los búhos, o al manejar literariamente algunas de ellas; un ejemplo podría ser Mariano de Cavia:

- 33) «¡Tan fácil como es decirlo todo en nuestra honrada lengua, y tan difícil como se les muestra la misma claridad meridiana a los búhos, lechuzas y mochuelos» (61);
- 34) «Lo celebraré por el simbólico, vigilante y estudioso búho que acompañó a la diosa Minerva» (62).

Como se puede apreciar, nadie hasta el momento había aludido a la torpeza del búho para manifestar lo que ha podido averiguar, del mismo modo que, sólo erróneamente, se puede identificar al búho con el animal de Minerva que, como es sabido, es la lechuza.

Bretón de los Herreros vuelve a considerar al búho como símbolo de soledad o de aislamiento:

- 35) «Isabel, no es de mi gusto  
esa infame bacanal,  
y aquí me estoy hecho un búho  
contemplando las flaquezas  
y aberraciones del mundo» (63).

En el mismo error de M. de Cavia incurre Juan R. Jiménez, al escribir:

- 36) «El búho de Minerva vive en su hombro» (64).

Aun cuando el presente trabajo se refiere, fundamentalmente, a los límites del español peninsular, aduciremos dos testimonios de Ultramar, de finales del XVI uno, y otro contemporáneo, no con ánimo de recalcar en las posibles leyendas autóctonas de América, sino con el mucho más mo-

(61) *Limpia y fija*.—Madrid, 1922; pág. 172.

(62) *Notas de Sobaquillo*. Referencia tomada de una papeleta lexicográfica de la Real Academia Española.

(63) *Muérete y Verás*; acto 4.º, escena 4.ª, edición de Clásicos Castellanos, número 92.—Madrid, 1957; págs. 99-100.

(64) *Españoles de Tres Mundos*; edición y estudio de R. Gullón.—Madrid, 1969; pág. 133.

desto de ofrecer algún testimonio en el que quede de manifiesto que el español «atlántico» tampoco es ajeno a esta problemática. En 1591, el P. Acosta escribía en su *Historia Natural de las Indias*:

- 37) «La noche siguiente acaeció oyr dos búhos dando aullidos tristes el uno al otro, con que los de Chalco tomaron por agüero, que auían de ser presto destrydos» (65).

Siglos más tarde aparece el siguiente texto de Ciro Alegría:



- 38) «Entonces se fijó en que los arbustos formaban un matorral donde bien podía estar la culebra. Era necesario terminar con la alimaña y su siniestra agorería. Es la forma de conjurar el presunto daño en los de la sierpe y el búho» (66).

Dos puntos merecen ser destacados de estos testimonios: en el primero, la presencia de la leyenda negra en torno al búho en lugares donde, presumiblemente, no ha llegado a conocerse el mito de Ascálafo, tal vez hubiera que pensar en algún correlato suyo en las culturas precolombinas. En el segundo, es destacable la forma de «conjurar el presunto daño», inexistente en ninguno de los textos anteriores, así como también la comparación con la sierpe, en lo que a «su siniestra agorería» se refiere, del mismo modo nueva entre los textos grecolatinos e hispánicos.

Sin la menor pretensión de exhaustividad, ya que nos hemos dejado en el tintero casi más testimonios de los aquí aducidos, hemos ofrecido una serie de textos literarios en los que se alude a las diversas características zoológicas, mitológicas o lingüísticas de los búhos, y de la voz *búho*; pero no parece lógico omitir una fuente de información tan útil como el refranero, cuando se trata de analizar lo que, popularmente, se conoce o se piensa acerca de algo. Don Luis Martínez Kleiser recoge estos tres refranes referidos a nuestro animal:

- 39) «Cayó el brujo entre las grajas, e hiciéronle migajas» (núm. 21.618).  
 «Cuando en diciembre el búho canta, o lluvia o templanza» (núm. 37.580).  
 «Cuando el búho canta, o llueve o escampa» (número 37.653) (67).

(65) Referencia tomada de una papeleta lexicográfica de la Real Academia Española de la Lengua.

(66) *El Mundo es Ancho y Ajeno*.—Madrid; 1982, pág. 11.

(67) *Refranero General Ideológico Español*.—Madrid, 1953.

Para explicar el primero de ellos, alude a la envidia que sienten las grajas por los grandes ojos del búho, con lo que podríamos inscribir este refrán entre aquellos testimonios que hacen referencia a la gran perceptibilidad con que este animal tiene dotados sus sentidos. Es curioso constatar que, tras la alusión gongorina a este aspecto, y a excepción hecha del refrán que comentamos, no se vuelva a localizar referencia alguna a este hecho hasta el 17 de marzo de 1929, fecha en la que aparece el número 1.974 de la revista *Blanco y Negro*, en cuya sección «Temas Cinegéticos» escribe Juan M. Mata, a propósito de las posibilidades que ofrecen las rapaces nocturnas de ser utilizadas como cimbel para cazar otras aves rapaces:

- 40) «Es un procedimiento de caza muy curioso, que merece ser divulgado. Se basa en la instintiva aversión que todas las aves sienten por los búhos, mochuelos y lechuzas, que, por ser nocturnos, aprovechan las horas en que las sombras les permiten utilizar sus especiales dones para saquear y destrozar los nidos de las aves diurnas, de cuyos huevecillos y tiernas crías se alimentan. Este curioso aborrecimiento de las aves diurnas hacia las estrígidas se manifiesta en todo momento. Si colocáis un mochuelo trabado convenientemente para impedir su vuelo, a la luz del sol, acudirán a picarle furiosamente todas las aves de los contornos, que darán buena cuenta del animalito» (68);

parece imposible dejar de conectar este texto, escrito por un especialista en cuestiones cinegéticas, no sólo con el refrán que andamos glosando, sino también con el cuento XIX de *El Conde Lucanor*, en lo referente a la causa de la guerra entre los cuervos y los búhos, y que no es otra sino el modo de atacar estos últimos a los primeros.

Los dos últimos refranes citados, al margen de situarse dentro del nutrido grupo de adagios meteorológicos, parecen aludir al canto del búho como anunciador de una inminente mutación climática, dado que la antonimia existente entre los dos términos que expresan lo que se presagia haría desembocar el contenido del refrán en un nihilismo absoluto. Se podrían situar, en consecuencia, estos refranes en las coordenadas que venimos estudiando en este trabajo como características del animal: «percepción» y «manifestación». Puede ser igualmente significativa la ausencia, en este compendio de la sabiduría popular que puede ser el refranero, de toda alusión de mal augurio; tal y como decíamos arriba,

(68) «Caza, con búho, de águilas y otras rapaces», *loc. cit.*

al comentar el cuento del *Calila e Digna*, una nota de esta importancia no hubiera debido pasar sin dejar rastro alguna, ¿no estaría en lo cierto Funes, al atribuir a «la mala voluntad de los poetas» el carácter agorero del búho? (69); quizás haya que pensar que, efectivamente, se trata de una referencia estrictamente libresca y, por lo que podemos afirmar ahora, relacionada única y exclusivamente con la tradición grecolatina clásica, como parece demostrarlo su ausencia en los textos medievales españoles inspirados en la tradición oriental. Por lo demás, no es suficientemente significativo el hecho de que en la Biblia sea considerado como animal inmundo, ya que son muchos los que así son calificados en el capítulo 11 del Levítico, y no tienen hoy tal consideración (70). Quizás el punto culminante de esta valoración oriental sea el relato, aducido por Covarrubias, de los beneficios que comportó a Cangio, rey de Tartaria y primer Gran Can, la presencia de un búho (71).

Hemos dejado, deliberadamente, para el final el análisis de los dos textos que consideramos de mayor trascendencia. El primero de ellos es el capítulo X de *La Corte de los Milagros*; en él nos da Valle-Inclán algunos detalles del señor González Bravo que no resistimos la tentación de reproducirlos aquí:

- 41) «Era un viejo craso y cetrino, con ojos duros de fanático africano...  
 —Abrigo el presentimiento de un luto nacional...  
 La Reina... cerraba los oídos a las agoreras nuevas del Señor González Bravo.  
 —...¡Tú todo lo ves negro!...  
 Y parecía que no fuese el filo de la dolencia, sino el augurio implacable de aquel búho semítico, quien le matase.  
 La Señora... se abanicaba, ahuyentando el espectro de la muerte:  
 —No se debe ensombrecer con esos pesimismos el júbilo...  
 —Señora, mis pesimismos están confirmados...  
 —...Mira, Bravo, el corazón a mí no me engaña... a pesar de tu cara larga y de tus pronósticos... Ahora tengo la más ciega seguridad...  
 El Señor González Bravo atisbaba con su gesto de búho» (72).

(69) Vid. nota 47.

(70) Ed. de Nacar-Colunga, 26.ª ed.—Madrid, 1968; cfr. también D. S. Blondheim, reseña de Antonio García Solalinde: "Los nombres de animales puros e impuros en las traducciones medievales españolas de la Biblia", en *R.F.E.* XIX; 1932; págs. 68-73.

(71) *Tesoro de al Lengua Castellana o Española*; ed. de Martn de Riquer.—Barcelona, 1943; S. V. BUHO.

(72) RAMON M.ª DEL VALLE-INCLAN: *Obras Completas*.—Madrid, 1944; vol. I, páginas 1090-1091.

Dos aspectos queremos destacar de este texto: en primer lugar, la caracterización que se hace del señor González Bravo, y en segundo término, la contrapartida que supone la actuación de la Reina. Respecto del primero, es evidente que el personaje está descrito con todas las cualidades de la rapaz nocturna, y además, por dos veces; da la impresión de que el autor se ha documentado acerca de las cualidades del búho, y las ha aplicado a su personaje. Esta doble, aunque unívoca, caracterización se justifica porque, tras la primera, Valle-Inclán introduce como posibilidad de reacción la actitud de la Reina, lo que le obliga a reiterar las notas definitorias del otro personaje. Con todo, lo más destacable es el procedimiento de presentación: el término *búho* no aparece sino al final de cada una de las dos series de elementos caracterizadores; la técnica parece la de un diccionario, pero montado al revés: primero las definiciones y luego la entrada; el animal de «ojos duros», que «abriga presentimientos», que manifiesta «agoreras nuevas», que «todo lo ve negro», y que parece que mata con su «augurio implacable», es un búho, lo mismo que aquel que parece el «espectro de la muerte», «ensombrece con pesimismo... confirmados», hace «pronósticos» y «atisba». Podemos asegurar, pues, que está la nómina completa de las características del búho, en tanto que «soplón» o «agorero».

Respecto del segundo punto de interés, hay que indicar que, por si no fuera lo suficientemente explícito lo comentado hasta aquí, Valle-Inclán, al contraponer entre sí a los dos personajes centrales del capítulo, el señor González Bravo y la Reina, lo hace sirviéndose de la distinta cualidad que tiene la seguridad en los acontecimientos de cada uno de los dos personajes; nada nos dice de la del señor González Bravo, salvo que lo afirmado por él «está confirmado», mientras que la seguridad de la Reina la tilda de «ciega»; no creemos caer en la hipercrítica si afirmamos que, al tachar de «ciega» la del personaje no identificado con el búho, la de su antónimo la ve Valle-Inclán como clarividente y cierta.

El último de los autores reservados para el final es Pedro Salinas, y la obra el ya citado ensayo sobre «El cisne y el búo. Apuntes para la historia de la poesía modernista» (73). No creemos que tenga, en estos momentos, sentido alguno glosar la significación literaria que Salinas da al búho, puesto que el mismo la da, y nosotros no sólo somos conformes con ella, sino que tampoco la podemos cambiar, al comentar aquel soneto de Enrique González Martínez, que el mismo Salinas reproduce, y con el que el autor mostró su postura contraria al modernismo, y que acaba así:

---

(73) Vid. nota 1.

- 42) «Mira al sapiente búho cómo tiende las alas desde el Olimpo, deja el regazo de Palas, y posa en aquel árbol su vuelo taciturno. El no tiene la gracia del cisne, mas su inquieta pupila, que se clava en la sombra, interpreta el misterioso libro del silencio nocturno» (74).

Nos limitaremos, pues, a reproducir aquellos fragmentos en los que Pedro Salinas interpreta la personalidad del animal, anticipando que se trata de un bellissimo compendio no sólo de los testimonios literarios aquí presentados, sino también de los planteamientos lingüísticos que hemos ido perfilando en estas páginas:

- 43) «González Martínez lo que busca es un descifrador de signos, un intérprete y aclarador de paisajes... El búho puede explicar al cisne... Escoge un pajarraco de torpe traza, aunque de insigne historia, la lechuza o búho, ave de Palas Atenea. Como tal, la cualidad que distingue al búho es lo penetrante de su visión, que atraviesa las tinieblas nocturnas y le confiere el don de ver en lo oscuro. Fácilmente se deduce de aquí el paralelismo simbólico de visión, igual a inteligencia, y oscuridad, igual a misterio o ignorancia. Si el búho real ve en la noche, el búho mítico ve en lo oscuro de las vidas de los hombres, en los misterios y zonas ocultas... Los siglos han ido invistiendo al búho de los atributos apuestos: mirada profunda y desdeñosa de lo superficial, fomentador de la abstinencia y enemigo de excesos orgiásticos, ave de lo oscuro, prudente consejero contra los pelibros del movimiento y del tumulto» (75).

Podríamos haber transcrito todo el epígrafe titulado «El nuevo mito», pero creemos que estas líneas pueden probar suficientemente la certeza de la afirmación que hemos adelantado arriba.

### 3. RESUMEN Y CONCLUSIONES

Aun cuando no creemos que sea difícil para el lector extraer unas conclusiones de un estudio en el que, tras todos y cada uno de los hitos, se ha hecho una valoración desde un mismo y repetido punto de vista, intentaremos recoger aquí, en unas pocas líneas, lo que creemos que puede ser la recapitulación de todos ellos.

(74) Art. cit. pág. 47.

(75) Art. cit., págs. 62 y 63. Para la simbología del búho en Rubén Dar.o, vid. PEDRO SALINAS: *La Poesía de Rubén Darío*; 3.<sup>a</sup> ed.—Buenos Aires. 1968; págs. 160 y sigs.

Desde la perspectiva semasiológica, los contenidos de *búho* proceden: a) *De las propias costumbres vitales del animal*: todas aquellas significaciones que aluden o derivan de «retraimiento, juntamente con aquellas otras del lenguaje de germanías que se refieren al mundo del hampa y de la prostitución, por estar vinculadas al carácter nocturno; con ello podemos observar que todas sus costumbres, diurnas/retraimiento, nocturnas/actividad, han pasado a la lengua; b) *Conjuntamente de la zoología y del mito de Ascálafo*: Todas aquellas que, partiendo del hecho incontrovertible de su gran capacidad para la captación sensorial, han desembocado en el proceso, vital y significativo, de «percibir-denunciar»; c) *Conjuntamente de las dos anteriores*: Ante un ser que presagia, que se retrae durante el día, y actúa amparado por las sombras de la noche, no es difícil sospechar su carácter de «presagiador de males», por más que tengamos no pocas probabilidades de que esta última ampliación de significado tenga su origen en usos estrictamente literarios.

Desde el punto de vista onomasiológico, hay que indicar que una sola de las significaciones ha sido empleada para la nominación: la descrita en segundo lugar; ello no solamente en español, sino también en latín, y en un gran número de lenguas y dialectos románicos. El procedimiento escogido ha sido el de la onomatopeya, cuya presencia en la mente de los gramáticos ha sido constante a través de los siglos. La coincidencia con la onomatopeya del ruido del viento, e incluso de la respiración, no creemos que deba tomarse como explicación para nuestro caso; si nuestras hipótesis anteriores son ciertas, entendemos que se trataría de una similar interpretación lingüística de dos ruidos distintos, los cuales han terminado por coincidir, dando lugar a una homonimia, no a una polisemia.

Aun a riesgo de que se nos achaque el haber traspasado los límites que, inicialmente, nos habíamos impuesto, digamos que todos estos planteamientos han superado los límites estrictamente lingüísticos, para instalarse en la literatura: primero en Valle-Inclán para caracterizar la personalidad de un individuo, y más tarde, en Pedro Salinas, para hacer lo propio con la reacción frente a modo de entender el arte literario. Estos dos testimonios nos permiten constatar cómo, lo que nació de una creación literario-religiosa, llámese mito, fábula o leyenda, ha vuelto, tras una constante e ininterrumpida reelaboración y recreación, al sitio donde nació hace muchos siglos: a la literatura.

---

Agradezco a la Real Academia Española la autorización concedida para poder consultar sus ficheros; sin ella, este trabajo no hubiese sido posible. También a los departamentos de Latín y Griego, de esta Universidad, les debo la ayuda necesaria para la localización e interpretación de algunos de los textos que aquí se incluyen.